SUBIR A MONTSERRAT

Desde hace mil años, los hombres y mujeres de esta tierra suben a Montserrat. ¿Por qué? ¿Qué fuerza misteriosa los empuja a escalar una montaña abrupta, dura, salvaje?

Subieron pastores sencillos, monjes cultos, reyes y mendigos, soldados y sabios. Subieron buscando a Dios. Subieron porque sabían que en lo alto se escucha mejor el latido del cielo. Allí, en una cueva pequeña, encontraron a María: no una diosa lejana, sino una Madre morena, encarnada, hecha del mismo polvo de la tierra catalana.

Montserrat no es solo un santuario. Es una declaración de guerra al miedo y a la mediocridad. Subir a Montserrat es decirle a la vida: "No me resigno. No me conformo con caminar en llano. Yo quiero mirar desde arriba, quiero respirar fe".

Y eso es exactamente lo que vemos hoy en María en el Evangelio de Lucas: no espera en su casa a que Dios le resuelva la vida. Corre, sube, se expone, sirve.

La fe de María —y la fe de Montserrat— es una fe de movimiento, de riesgo, de altura.

¿Qué significan los mil años de peregrinaciones? Significan que cada generación ha tenido que decidir si se quedaba encerrada en sus miedos... o si se atrevía a subir. Subir implica esfuerzo, implica renunciar a equipajes inútiles, implica no mirar solo el suelo.

El monasterio de Montserrat, erguido como una fortaleza en las alturas, no es un refugio para escapar, sino un faro para resistir. Resistió guerras, incendios, saqueos, persecuciones. Y sigue ahí, igual que la fe sencilla sigue ahí, cuando todo lo demás se derrumba.

Como decía Simone Weil: "Subir una montaña no cambia la montaña. Cambia al que sube".

Subir a Montserrat no cambia a Dios. Nos cambia a nosotros. Nos recuerda quién somos y hacia dónde vamos.

Y hoy, mil años después, ante la Virgen de Montserrat, se nos hace la misma pregunta:

¿Estás dispuesto a escalar el monte de la fe, o prefieres vagar eternamente en la llanura de lo fácil?

Montserrat sigue allí. La Virgen sigue allí. La pregunta sigue allí. Y la respuesta... está en tus pies.

Porque no hay fe verdadera sin ascenso. No hay Montserrat sin heridas en los pies. No hay cielo sin montañas que conquistar.